

Señales que señalan el camino

E. Edward Zinke

Para entender mejor el mensaje de un libro, primero debemos entender su tema. Por ejemplo, en el libro de Oseas, el tema es el intenso amor de Dios por su pueblo. El libro retrata ese amor en la relación de Oseas con su esposa, Gomer. Oseas se casó con ella, una mujer de mala reputación, y no es de extrañar que ella rompiera su relación al perseguir a otros hombres. Una y otra vez, la cortejaba para que volviera a él.

Su relación ilustraba la relación de los israelitas con Dios. Él había llamado a los israelitas a una relación cercana con Él, y los israelitas respondieron rompiendo el pacto una y otra vez. Sin embargo, Dios siempre estuvo ahí, ofreciendo perdón y restauración.

El tema del plan y el cuidado de Dios por su pueblo se introduce en el libro de Génesis a través de la historia de José, quien experimentó la adversidad a manos de sus hermanos. Cuando José los encontró más tarde en su corte egipcia, en realidad los consoló. Para entonces, José se había vuelto poderoso, solo superado por el propio faraón. Podríamos esperar que José fuera vengativo y amargado, sin embargo, les dijo a sus hermanos: "Por tanto, no se entristezcan ni se enojen consigo mismos por haberme vendido aquí; porque Dios me envió delante de ti para preservar la vida" (Génesis 45:5). En este conmovedor momento de autorreflexión, José reiteró un principio del amor de Dios por su pueblo. Dios tenía el control en cada caso de peligro.

Cuando el pecado entró en el mundo, Dios anunció un plan de salvación que había establecido incluso antes del principio. La Biblia dice que Dios "nos escogió en él [Jesús] antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor" (Efesios 1:4). Cuando el pecado invadió el mundo, Dios tenía el control y envió un diluvio.

La LORD vio que la maldad del hombre era grande en la tierra, y que toda intención de los pensamientos de su corazón era solamente el mal continuamente. . . .

La tierra también se corrompió delante de Dios, y la tierra se llenó de violencia (Génesis 6:5, 11).

Cuando Abram fue a Egipto, Dios protegió a su esposa, Sarai. Como extranjero en esa cultura, Abram temía por su propia seguridad debido a la belleza de su esposa. Le dijo al faraón que ella era, de hecho, su hermana. Como podría haber anticipado, el faraón trajo a Sarai a su casa, con la intención de tomarla como esposa. "Pero la LORD plagaron a Faraón y a su casa con grandes plagas a causa de Sarai" (Génesis 12:17). Y el faraón, furioso, expulsó a Abram y a Sarai de Egipto.

Cuando la destrucción venidera de Sodoma y Gomorra amenazó a Lot, sobrino de Abram, Dios liberó a Lot y a su familia.

El Hijo de Dios

Estos temas del Antiguo Testamento se retoman en el Nuevo Testamento, pero con un giro: el Mesías ha llegado. Él es el Dios amoroso y cariñoso hecho humano, y Juan tiene como objetivo dejar esto en claro. "Verdaderamente Jesús hizo muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro; pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre" (Juan 20:30, 31).

Juan nos dice exactamente por qué escribió su Evangelio: para que podamos creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengamos vida en su nombre. Juan nos dice que podría haber registrado muchas más señales o milagros, pero eligió estos específicamente porque señalan a Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios, a través de quien podríamos recibir la vida eterna.

Es importante notar que Juan no eligió reportar un milagro para probar la autenticidad de los milagros de Jesús. Decidió informarlo debido al carácter de la obra milagrosa, porque señalaba a Jesús como el cumplimiento de la promesa del Antiguo Testamento de la venida del Mesías.

Del agua al vino

La primera señal o milagro registrado en el Evangelio de Juan tuvo lugar al principio del ministerio de Cristo. Jesús asistió a una boda en Caná de Galilea (Juan 2:1-10), y durante el transcurso de la celebración, la fiesta

de bodas se quedó sin jugo de uva.¹ Las vasijas de agua ceremoniales utilizadas para la purificación ritual estaban cerca, y Jesús pidió a los sirvientes que las llenaran de agua.

Cuando los sirvientes presentaron el agua, ahora convertida en jugo, al dueño de la fiesta, se sorprendió. Observó que era costumbre servir primero el buen jugo y luego, cuando los invitados habían bebido bien, servir el jugo inferior. Pero lo mejor se había guardado para el final.

Juan no está simplemente narrando una historia; está mostrando cómo el milagro identificó a Jesús como el Mesías. Para aquellos que preguntaban: "¿Por qué ha tardado tanto el Mesías en venir?" Juan puede decir: "¡Lo mejor se reserva para el final!"

Moisés, un precursor del Mesías, también realizó milagros cuando llegó para sacar a Israel de Egipto. Después de encontrarse con Dios en la zarza ardiente, más tarde pasó a cambiar el río Nilo en sangre (Éxodo 7:14-22). Luego condujo a Israel a través del Mar Rojo. Hacia el final de su ministerio, profetizó que Dios levantaría a un Profeta como él (véase Deuteronomio 18:15–19).

Cuando Jesús convirtió el agua en vino, la profecía de Moisés se cumplió. ¿Y cuál fue el resultado? "Este principio de señales lo hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él" (Juan 2:11).

El siguiente milagro al que se hace referencia también tuvo lugar en Caná. Jesús sanó al hijo de un noble con solo una palabra, sin siquiera viajar a Cafarnaúm, donde estaba el hijo (Juan 4:46-54).

Imagínese a Juan sosteniendo una pluma roja para poder subrayar los temas comunes de los milagros de la boda, el vino y el hijo del noble.

1. Ambos milagros fueron señales (Juan 2:11; 4:48, 54).
2. Ambas tuvieron lugar en Caná de Galilea (Juan 2:1, 11; 4:46, 54).
3. Ambos provocaron fe (Juan 2:11; 4:50, 53).

Esta respuesta de fe cumplió el propósito por el cual Juan estaba escribiendo su libro. "Estas cosas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre" (Juan 20:31).

El estanque de Bethesda

La siguiente señal parece simple. Jesús caminó junto al estanque de Betesda. Estaba abarrotado de enfermos crónicos que esperaban a la orilla del agua, con la esperanza de ser los primeros en entrar si las aguas se agitaban. La gente pensaba que una persona así sería sanada.

Jesús pasó, vio a un hombre discapacitado y le preguntó si quería ser sanado. El hombre respondió que no tenía a nadie que lo ayudara a entrar en las aguas cuando se movieran. Jesús dijo: "Toma tu lecho y anda" (Juan 5:8). El hombre se sentó en la cama y caminó.

¿Directo y sencillo? ¡No! ¡No es tan sencillo! Jesús cometió lo que parece ser un error estratégico.

Uno pensaría que la multitud debería estar celebrando. El hombre había sido sanado, no más largos años de espera junto a la piscina. Pero esta curación presentaba un gran problema para los ancianos. Se llevaba a cabo en sábado, y para ellos, esto requería litigio y juicio por quebrantar el sábado.

La sanidad no era legal en el día de reposo a menos que hubiera una emergencia. El hombre había estado discapacitado durante treinta y ocho años. No había forma de escapar de los tribunales en este caso. Si el problema hubiera sido alguna enfermedad del cerebro, el incidente podría pasar de largo. Pero este hombre estaba bien, excepto por sus piernas, y esto no calificaba para una excepción del sábado.

Por lo tanto, Juan encuentra que esta es una excelente oportunidad para definir el pedigrí de Cristo. Solo se necesitan nueve versículos para describir la situación. Pero luego Juan toma más de treinta versículos para evangelizar, para contar la historia de Jesús. Esto le da la oportunidad de mostrar la afirmación de Jesús de que Él es el Hijo de Dios, igual y uno con el Padre.

Después de la curación, los líderes le preguntaron al hombre que lo había sanado y le dijeron que tomara su cama y caminara. Después de todo, ¡era sábado! Nadie tenía la autoridad para dar ese tipo de permiso.

Pero el hombre sanado no sabía quién lo había sanado. ¡Qué oportunidad para John! *¡Escribo mi Evangelio para que Jesús sea conocido!*

Cuando el hombre que había sido sanado se topó con Jesús en el templo, Jesús se reveló como la persona que lo sanó. El hombre fue a decirles a los

gobernantes que Jesús era su Sanador. Por lo tanto, los líderes "procuraron aún más matar" a Jesús por dos razones: (1) Él quebrantó el sábado; y (2) Él "dijo que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios" (versículo 18).

En los versículos 19 y 20, Jesús explicó que el Padre y el Hijo trabajan al unísono y, como resultado, el Padre mostrará obras más grandes que los gobernantes pueden maravillarse. Nótese que Juan continúa con el tema de las señales. ¡Juan dice que acabamos de empezar!

Tanto Dios el Padre como Dios el Hijo tienen el poder de la resurrección (versículo 21). Trabajan en armonía entre sí. Desde la perspectiva de Dios, llegará un momento en que los que escuchen las palabras de Cristo saldrán de la tumba.

Testigos

Pasando de los relatos de milagros, Juan ahora recurre a los testigos. El primero es Juan el Bautista. Él testificó de la verdad y testificó del mesianismo de Cristo, y los líderes escucharon a Juan el Bautista por un tiempo (versículos 31-35).

Además del testimonio de Juan el Bautista, las obras de Cristo daban testimonio de que Dios lo había enviado (versículo 36). Su Padre, a quien los gobernantes habían rechazado, también dio testimonio de Él (versículos 37, 38). Y las Escrituras, que los líderes atesoraban, daban testimonio de Él (versículos 39, 40).

Por último, Jesús cita el testimonio de Moisés, el venerado líder que había sacado a los israelitas de Egipto. "Si creyeran a Moisés, creerían a Mí; porque él escribió acerca de Mí. Pero si no creéis en sus escritos, ¿cómo creeréis en mis palabras?" (versículos 46, 47). Jesús no podría haberlo dejado más claro. Al rechazar el testimonio de Moisés, los gobernantes estaban rechazando al Mesías profetizado. Esta punzante reprensión fue el intento total de Cristo de llamar la atención de sus oyentes y ganar sus corazones para sus afirmaciones.

1. En *El Deseado de Todas las Gentes*, Elena G. de White afirma que el jugo no era alcohólico.
El deseo de